

Sres. Vicerrectores,
Sra. Secretaria General,
Autoridades Académicas,
queridos amigos,

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento por esta distinción con que me honra mi universidad. En estos casos, suele decirse que se trata de un honor inmerecido. Pero eso no lo voy a decir, porque creo que sí me lo merezco.

¿Cómo es posible que yo haya sido capaz de tan desvergonzada falta de modestia? Lo que ocurre es que también lo merecen muchos otros. Y es que la enseñanza, y en particular la enseñanza universitaria, es tan apasionante que muchos somos los que nos entregamos a ella sin regatear ni esfuerzos, ni tiempo, ni imaginación. Merezco el premio, pero no merezco la distinción. Se lo merecen muchos otros.

No quiero tampoco dar la impresión de que vivimos una universidad idílica. Es verdad que algunos profesores confunden el prestigio con la prestidigitación (palabras que, según creo, tienen el mismo origen etimológico, lo que invita a una pequeña reflexión...). Son aquellos profesores que se rigen por su lema de trabajo: “Ya que no somos profundos, por lo menos seamos oscuros, que decía el otro”.

Pero estos son la excepción. El profesor universitario trabaja, en general, más de lo que se le puede exigir, y el sólo se exige más de lo que puede.

El profesor universitario no es clasificable entre el no-cumplir y el cumplir, porque hay siempre un más-allá del cumplir. Por muy bien que se haga, siempre se puede hacer mejor. No hay un 10. No hay una nota máxima. Quienes tienen la responsabilidad de controlar la labor de un profesor, deben tener, y tienen, en cuenta este hecho: muchos, pero muchos, hacen mucho más, pero mucho más, de lo que se les puede exigir. Siento una gran alegría al ver que el Vicerrectorado de la Garantía así lo aprecia. No hay que pensar en el profesor como un profesional, sino compararle con un artista, de quien todos piensan que su mérito no tiene un tope. A un profesor no se le puede tachar de “buen profesional”, como se suele decir; eso es casi un insulto.

Como decía el otro: “En la ciencia, hijo mío, la disciplina no sirve para nada. Trabaja con el motor de la pasión y el freno de la objetividad. Déjate de disciplinas. La disciplina es buena para la milicia; el tesón es bueno para la religiosidad; la pasión es lo único que mueve la ciencia”.

Cuando me pidieron en un programa de televisión que dijera el nombre de un “lugar”, dije: “el Aula”, para expresar mi vocación de docente universitario. En realidad dije dos lugares. El otro fue “el despacho”, expresando que la ciencia, a pesar de los presupuestos millonarios con que hoy se hace, nace de los pensamientos fruto de la concentración del lugar íntimo de trabajo. Sigue siendo un lápiz y un papel y una mirada perdida la semilla de la ciencia. Y la docencia, también se hace en el despacho. Allí se piensa qué se va a decir (y qué se debería haber dicho dicho, tras la clase). En el despacho está el autor; en el aula, el actor.

La enseñanza se nutre del reconocimiento del profesor de sus propias limitaciones. Para dar las clases bien es necesario tener miedo a hacerlo mal. Somos apasionados pero estamos llenos de limitaciones que sólo aceptándolas podemos soportar. Vivimos dentro de este exiguo cascarón que llamamos cráneo. Como decía nuestro querido rector: “No tenemos 24 créditos en la cabeza”.

Algunos pensamientos de Michel Eyquem de Montaigne me vienen a la mía: “La palabra es mitad de quien la pronuncia; mitad de quien la escucha”. El Profesor y el alumno. El que enseña y el enseñado. En ese eterno diálogo ardiente está la transmisión de la ciencia. No olvidemos los enseñantes que el alumno tiene la mitad de la palabra. También decía Montaigne, en una frase muy citada, pero mal oída, que “el estudiante no es una botella que hay que llenar, sino un leño que quemar”. Para enseñar hace falta más fuego que agua.

Enhorabuena también a mis compañeros co-premiados. Y aquí converjo con mi buen amigo Alberto Prieto. Juntos iniciamos esta andadura en esta universidad y quizá fruto de aquella antigua amistad, desde nuestras apasionadas juventudes, hemos coincidido en concebir la enseñanza como fuego. Y hoy nos vemos juntos, reconocidos por la misma llama.

Hoy estoy algo pirómano... parece. Se acerca San Juan.

Recibo este premio como un espaldarazo, como un golpe franco, recio y cordial con los que los ibéricos solemos demostrar nuestra amistad, un abrazo magnífico que me da mi universidad, en la persona de su Vicerrector, quien tras privarnos de resuello con su saludo-batanazo, nos susurra “lo habéis hecho bien”, forma coloquial que, en realidad, quiere decir “os habéis dejado la piel en la docencia”.

Y a mí este premio, este magnífico abrazo, este reconocimiento franco que me expresa mi universidad es como un bálsamo que alivia mi piel tostada. Esta universidad, me está alentando últimamente con múltiples distinciones, por lo que le estoy entrañable y llorosamente agradecido y por lo que me hace sentirme orgulloso de haberla servido y deseoso de seguir sirviéndola... por muchos años...

Querida Universidad, queridos amigos... gracias